

Acercamiento a la situación de las abuelas que cuidan a nietos y nietas en una localidad rural del estado de Hidalgo

*Araceli Jiménez Pelcastre**

La práctica de los cuidados a los infantes, realizada por parte de las abuelas, residentes en una localidad rural, en el Estado de Hidalgo, facilita que las madres, emigradas en su juventud a las zonas urbanas del país, puedan desempeñar actividades remuneradas y concilien su vida familiar y laboral. Ante la falta de servicios sociales, la solidaridad intergeneracional, es un mecanismo informal de apoyo, que permite el empoderamiento a una generación, mientras que la vida de las abuelas se desenvuelve al margen, estas últimas tienen un doble riesgo o desventaja, como mujeres mayores, por su edad y género, a la vez que ocurre el proceso de envejecimiento, que impacta en la capacidad de desempeño de las actividades cotidianas, está presente la discriminación y los desequilibrios de poder dentro de la familia.

The practice of childcare, made by the grandmothers living in rural areas in the State of Hidalgo, enables mothers, who emigrated in his youth to urban areas of the country, to perform paid activities and reconcile work and family life. In the absence of social services, intergenerational solidarity, is an informal support mechanism that allows the empowerment of a generation, while grandmother's life is developed on the sidelines, the latter have a double risk or disadvantage as older women, because of their age and gender, while the aging process occurs, which affects the ability to perform daily activities, this causes discrimination and imbalances of power within the family.

SUMARIO: Introducción / I. Descripción de la metodología y contexto / II. Acercamiento cuantitativo al cuidado de nietos y nietas / III. Aportaciones y conflictos en la vida de las abuelas / IV. Conclusiones / Bibliografía

* Docente del Área Académica de Trabajo Social en el Instituto de Ciencias Sociales y Humanidades de la Universidad Autónoma del Estado de Hidalgo.

Introducción

La práctica de los cuidados es una actividad necesaria para los seres humanos, se esperaría que cada una de las personas se encontrara en condiciones de realizarla para sí misma, es decir, como una actividad individual o de autocuidados, pero no siempre es posible. Razones como la edad, falta o pérdida de capacidad física, psíquica o intelectual, limitan para realizar el cuidado en beneficio de uno mismo, algunas actividades de la vida diaria (AVD), entre las que destacan las básicas (AbVD): alimentarse, vestirse, asearse, arreglarse, levantarse, desplazarse, controlar esfínteres e ir al servicio y las instrumentales (AiVD) que incluyen salidas, usar los medios de transporte, comprar, preparar alimentos, limpiar el hogar, lavar la ropa, medicarse, administrar el dinero, etcétera. En estas circunstancias de falta de autonomía, se recurre a otras personas para que proporcionen el apoyo necesario. La merma de las capacidades puede ser temporal o permanente y puede estar asociada a los ciclos vitales y la edad, como la infancia y la vejez.

Con respecto a la atención de la infancia, tema central de este trabajo, encontramos que pueden participar proveedores de servicios, que realizan la actividad de manera remunerada y en tiempos limitados, pero, como sostiene Durán,¹ esta atención institucional y especializada cubre sólo una parte de la demanda, mientras que la que se realiza fuera del contexto de los servicios formales, es decir, en los hogares, es permanente y no se contabiliza. Por ser la familia, en especial las mujeres, que tradicionalmente, se ocupa de mantener las condiciones para el desarrollo de los sujetos, en las diferentes etapas de la vida, de éstos se justifica socialmente que siga ocurriendo de ese modo y no de otro. En el caso de las abuelas que cuidan a sus nietos y nietas, el proceso de convertirse en cuidadoras, en ocasiones ocurre sin que tengan conciencia de ello, ni de los mecanismos sociales de adscripción a las tareas de cuidados puesto que existe una capacidad social de coacción por encima de la voluntad individual, descargando en las mujeres y en los niveles sociales más bajos esa tarea. Sin duda, es una actividad con un alto grado de sentimentalismo, que se adscribe a las historias de vida de las personas, convirtiendo la reciprocidad en una obligación, con lo cual, a la larga pasan desapercibidas y son marginadas. Más aún, por atribuirle un carácter femenino y doméstico, se convierte en una actividad natural y socialmente esperada, relativizando los costos que tiene para quienes la ejercen.

De acuerdo con lo anterior, es de suma importancia el análisis de los cuidados familiares a los infantes que realizan las abuelas, porque en el caso que nos ocupa, ocurre por la combinación de varios elementos, entre los que destaca la progresiva incorporación de las mujeres jóvenes al trabajo, que requieren conciliar su vida familiar con la laboral, pero que en el proceso de búsqueda de empleo han tenido que emigrar de las zonas rurales a las urbanas. En ese nuevo contexto carecen de redes

¹ M. Ángeles Durán, *De puertas adentro*, Madrid, Ministerio de Cultura-Instituto de la Mujer, 1988.

familiares y por su falta de profesionalización se emplean en actividades que no les facilitan su acceso a los servicios de guardería de seguridad social y, menos aún, a los privados. Cuando ha llegado el momento de la reproducción, se manifiesta una serie de llamadas a la solidaridad entre las generaciones, es decir, que se vuelcan hacia sus propias madres, que permanecen en el medio rural, para que se las proporcionen. La protección que dan las familias, como parte de sus funciones habituales, resuelven el problema, mientras tanto, los recursos, servicios y prestaciones de parte del Estado, comparados con las necesidades y demandas, son escasos y no parece que crezcan en la proporción deseada.

I. Descripción de la metodología y contexto

El estudio se llevó a cabo en los primeros meses del año 2010, en Mazahuacán, Hidalgo una localidad rural ubicada en la Sierra Alta de Hidalgo. Las abuelas cuidadoras fueron detectadas a través de un censo general y luego entrevistadas para determinar las trayectorias que las llevaron a asumir esa tarea y la influencia en sus vidas cotidianas. Se eligió el enfoque centrado en la biografía y el curso vital, también denominada por Bury,² visión dinámica porque pone el acento en la diversidad de experiencias. Las vidas de las mujeres mayores tienen que ver con el contexto en el que han vivido, con la consiguiente carga histórica sobre la vida cotidiana. Los conflictos y contradicciones que narran son producto de su esfuerzo por equilibrar el mundo interior con el exterior, entre las expectativas de la sociedad y sus propias aspiraciones. Con frecuencia, la forma de resolver estos conflictos es adaptándose a las normas de la sociedad y asumiendo las funciones de acuerdo con la demanda social.

De acuerdo con los datos de los Censos de Población y Vivienda y Conteos, realizados por el INEGI,³ expuestos en la Tabla 1, se observa que la población de la localidad en estudio crece y decrece entre 1900 y 1950. En los siguientes 20 años, después de 1950, aumenta la cantidad de habitantes y a partir de 1980 al 2010 disminuye paulatinamente.

A partir de 1980, otro dato importante a destacar es la cantidad de mujeres, siempre superior, con respecto a la de los hombres. Mediante las entrevistas realizadas a los habitantes, se obtuvo información de que los varones, en las décadas anteriores a ésta, emigraban por temporadas en busca de fuentes de empleo. Salían a laborar durante unos días o meses y regresaban para cultivar el campo, donde sembraban maíz, frijol, calabaza, chile, caña de azúcar, café, haba, chícharo, tubérculos y diversas variedades de tomate endémicos de la región. Por lo general el sistema em-

² Mike Bury, "Envejecimiento, género y teoría sociológica", en Sara Arber y Jay Ginn, *Relación entre género y envejecimiento; enfoque sociológico*, Madrid, Narcea, pp. 35-54.

³ INEGI, Archivo histórico de localidades, en: <http://www.inegi.org.mx/default.aspx> y http://www3.inegi.org.mx/sistemas/iter/entidad_indicador.aspx?ev=5

Sección Artículos de Investigación

pleado era el de roza y quema, debido a que los terrenos se encuentran en laderas y solamente donde la pendiente lo permite se utilizaban arados movidos por yuntas de bueyes, mismos que había que contratar, ya que la mayoría de las familias no contaban con ellos. A estas tareas del campo se sumaban todos los miembros de las familias sin distinción de género, incluyendo hasta los más pequeños, para realizar cada uno, las actividades que pudiesen desempeñar, de acuerdo con sus características personales. Por lo general, los productos se destinaban para el autoconsumo y se calculaban excedentes para la venta o el intercambio, con lo cual se mantenían los gastos familiares. En especial, las familias requerían tener dinero para la compra de bienes manufacturados o el pago de algunos servicios necesarios, porque para la alimentación dependían principalmente de los productos que se obtenían del cultivo de la tierra muy fértil en esta zona, la crianza de animales domésticos, así como de la cosecha de frutos de diversas especies, de acuerdo con las estaciones.

Tabla 1. Población total y por sexo en Mazahuacán, Hgo., de 1900 al 2010.

Evento censal	Fuente	Total	Hombres de habitantes	Mujeres
1900	Censo	149	70	79
1910	Censo	176	80	96
1921	Censo	142	63	79
1930	Censo	163	96	67
1940	Censo	152	75	77
1950	Censo	191	101	90
1960	Censo	225	110	115
1970	Censo	258	Sin dato	Sin dato
1980	Censo	253	121	132
1990	Censo	250	108	142
1995	Conteo	236	97	139
2000	Censo	223	104	119
2005	Conteo	142	57	85
2010	Censo	141	62	79

Fuente: Elaboración propia a partir de la información del Archivo histórico del INEGI (en línea).

La localidad contaba, hasta la primera mitad de la década de 1970, con una escuela primaria unitaria, donde se impartían clases hasta el tercer grado, misma que se amplió a dos docentes hacia 1975, con lo cual los infantes en edad escolar empezaron a incrementar su asistencia y permanencia hasta concluir los estudios de educación

primaria después de los cuales fueron accediendo de manera casi generalizada a los estudios de educación secundaria, aunque para eso tenían que desplazarse a la población vecina, distante 5 kilómetros, situación que se mantiene hasta la actualidad. Más aún, desde mediados de la década de 1990 una proporción considerable de adolescentes se inscribió para cursar estudios de nivel medio superior, teniendo que abandonar de manera casi definitiva la localidad, porque las escuelas en cuestión se ubican en los núcleos de población urbanos y vuelven en visitas esporádicas o en la temporada de vacaciones; aunque no todos consiguen concluir los estudios medios y/o continúan estudios en el nivel profesional. Quienes eran madres en la década de 1970, comentan que en muchas ocasiones tuvieron que negociar con sus esposos la posibilidad de que sus hijos e hijas estudiaran, porque aquéllos no siempre estaban convencidos de que fuera necesario, especialmente fue difícil el acuerdo cuando se trataba de los primogénitos. Además, de que desplazarse dos horas por las mañanas y otras dos por las tardes, lo cual implicaba que no quedaba tiempo para que contribuyeran con las actividades productivas de la familia, generaban gastos y exponían a las mujeres a peligros, según la versión de algunos padres. Después de que las primeras generaciones pasaron por la experiencia de escolarizarse ya no hubo resistencias entre los padres de familia.

El incremento en la escolaridad de los y las jóvenes, desde los primeros años de la década de 1980, hizo que paulatinamente emprendieran el éxodo hacia las ciudades, la historia se fue repitiendo año con año, en el fin de semana siguiente a la recepción de su certificado de educación secundaria, los varones hacían el equipaje y se marchaban hacia Monterrey, Guadalajara, Ciudad de México, Poza Rica, Pachuca, La Paz, Cabo San Lucas, Toluca, y Puebla, entre otras ciudades. Las mujeres resistieron todavía algunos años, pero cuando cumplían alrededor de 18 años de edad también emigraban

[...] para mejorar su propia situación económica y social como individuos y/o jefas de familia, no sólo como acompañantes. El significado de esto es que pueden llegar a tener mayor autonomía, independencia y desarrollo, en beneficio incluso de sus comunidades de origen si mantienen las redes familiares o de apoyo.⁴

El acceso al empleo y otras modalidades de generación de ingresos por parte de las mujeres se ha visto como un medio de empoderamiento de las mismas. El término empoderamiento implica “la alteración radical de los procesos y las estructuras que reproducen la posición subordinada de la mujer como género”⁵ y sugiere la “noción

⁴ Alba E. Gámez, Diana Wilson y Antonina Ivanova Boncheva, “Las mujeres en la migración interna y el empleo informal en Baja California Sur, México”. *Revista de estudios de género La ventana*, Universidad de Guadalajara, vol. IV, núm. 32, Guadalajara, México, dic. 2010, p. 223.

⁵ Kate Young, *Planning development with women: making a world of difference*, Londres, MacMillan, 1993, p. 158.

de que las personas adquieren control sobre sus propias vidas y definen sus propias agendas”.⁶ Independientemente de que dichas mujeres están empleadas en el sector de servicios y otras actividades poco remuneradas, de acuerdo con la versión de las abuelas que cuidan a sus nietos y nietas, para ellas es muy importante que sus hijas trabajen y reciban un salario, con el cual puedan pagar sus gastos, situación que, en su caso, no fue posible.

El acceso al empleo y otras modalidades de generación de ingresos por parte de las mujeres se ha visto como un medio de empoderamiento de las mismas.

Siguiendo con la descripción del contexto, a partir de la década de 1980, los años que los jóvenes dedicaban al estudio dejaban sin posibilidad de apoyar las labores del campo, solamente participaban los padres, las madres y las hermanas y hermanos más pequeños, con lo cual disminuyó drásticamente la posibilidad de que las familias fueran autosuficientes. Por un lado, faltaban brazos para contribuir en el

cultivo de la tierra y, por otro, los cambios en el ambiente no siempre permitían obtener una cosecha acorde con lo esperado. Por ejemplo, las sequías en la primavera, que provocan que se retrase la siembra, porque es de temporal, las granizadas en el verano, que afectan los cultivos antes de que madure el producto y los derrumbes como consecuencia del exceso de lluvia y ciclones que arrastran a su paso grandes porciones de tierra cultivada, especialmente en las laderas. También las plagas han marcado una merma en la producción, los habitantes de la localidad nunca han utilizado plaguicidas para su combate. Para la conservación del grano almacenado utilizan únicamente cal, a pesar de que cada vez es más difícil conservarlos por mucho tiempo porque se infesta de gorgojos en un tiempo breve. Cabe mencionar que tampoco usan fertilizantes ni otros productos químicos, con lo cual se garantiza que los mantos acuíferos no se contaminen. Es preciso mencionar que la semilla utilizada es de la que obtiene de la cosecha. En algún momento de la década de 1990 llegaron unos técnicos enviados por un programa de gobierno con la intención de promover el uso de semillas de maíz mejoradas, mencionaron que ese año se las obsequiaban, indicando que les convenía porque se trataba de un producto resistente a las plagas y que tenía muy buen rendimiento, algunos habitantes accedieron a que sus terrenos funcionaran como campos experimentales, pero al darse cuenta que de esas cosechas no podían obtener las semillas para la próxima siembra, renunciaron a su uso. Comentan, quienes vivieron la situación, que representó un verdadero problema hacerse de la cantidad suficiente para volver a cultivar, recolectando entre los vecinos el poco grano que les sobraba. Otra razón que mencionan como causa de abandono del trabajo agrícola, fue la oferta de productos a través del programa de la Compañía Nacional de Subsistencias Populares (CONASUPO), creada en 1964 y desaparecida

⁶ Carmen Diana Deere y Magdalena León, *Género, propiedad y empoderamiento: tierra, Estado y mercado en América Latina*, México, UNAM-PUEG/Flacso, 2000, p. 30.

en 1999, que comercializaba especialmente el maíz, harina de maíz, frijol y otros productos de la canasta básica a precios inferiores que lo que costaba producirlos. En la actualidad el programa de subsidio alimentario se realiza a través de DICONSA, perteneciente a la Secretaría de Desarrollo Social (SEDESOL), mismo que opera el Programa de Abasto Rural, con la intención de abastecer a bajo costo, los productos básicos y complementarios en las localidades con alta o muy alta marginación, mediante su expendio en tiendas rurales. No obstante, la disminución paulatina en la producción, no se ha abandonado completamente, aunque tampoco se han cambiado las técnicas tradicionales.

La emigración de los hijos primero y de las hijas después, se volvió necesario para cubrir los gastos de las familias que, como se indicó en el párrafo anterior, dejaron de ser autosuficientes. Además, el contagio social fue determinante, los que emigraban accedían a la compra de bienes y objetos que estaban negados para quienes no lo hacían, finalmente tenía que ver con nuevas aspiraciones que se generaban, al concluir los estudios secundarios los colocaba en una situación especial, que incidía en el deseo de ir más allá.

Mazahuacán, por su falta de servicios de carretera, energía eléctrica, agua potable y drenaje, representaba vivir con sacrificios, algo a lo que no estaban tan dispuestas esas generaciones. El acceso con vehículo a la localidad fue posible hasta 1987, año en que se abrió un camino de terracería, intransitable en la época de lluvia, durante varios años, hasta que se construyeron puentes para el flujo de las numerosas corrientes de agua y se cubrieron con grava las zonas más húmedas para evitar que el barro impidiera el paso vehicular. La energía eléctrica se introdujo 10 años después, en 1997, nuevamente pasaron otros 11 años para la construcción del drenaje, en el 2008. Las viviendas aún no cuentan con red de agua potable, la gente se surte de los manantiales y arroyos. Como combustible, en la mayoría de los hogares se utiliza leña, pocas familias combinan el uso de estufas de gas y fogones tradicionales. Como señalan Gámez y coautoras,⁷ en la búsqueda de empleo, la migración se vuelve una solución ante la necesidad de proveer para la supervivencia familiar e individual frente a situaciones de pobreza, desempleo, falta de oportunidades de crecimiento económico y de movilidad social. En este sentido, el desplazamiento temporal, permanente o cuasi nómada de grupos de población contribuye a la incorporación recurrente de la fuerza de trabajo en un mercado laboral. Agregan las autoras citadas que la migración laboral cíclica puede tener efectos positivos en el desarrollo de las comunidades, porque las remesas permiten no sólo la subsistencia de la familia del emigrado sino que contribuyen a rehabilitar la economía comunitaria. En este caso, con las remesas algunos habitantes han podido comprar ganado de mejor calidad y plantar pastos de mayor rendimiento para la alimentación del ganado vacuno, que se alimenta, sin necesidad de pastoreo, en los terrenos de propiedad privada, porque nunca existió el ejido en la zona. Esta situación también ha marcado el cambio pau-

⁷ Alba E. Gámez, *et al.*, *op. cit.* pp. 214-243.

Sección Artículos de Investigación

latino del uso del suelo, que era con fines agrícolas predominantemente y ha pasado a un uso ganadero que cada vez gana mayor espacio. Otras situaciones en las que las remesas han contribuido comunitariamente son en el pago de algunas obras para beneficio general, destacan los proyectos donde el gobierno ha aportado una parte y los habitantes otra, situación que no sería posible con los limitados ingresos de los habitantes de la comunidad. Del mismo modo, con la cooperación voluntaria de quienes laboran fuera, se rescató la celebración de la fiesta patronal, misma que había dejado de realizarse durante algunos años por los altos gastos que suponía el pago de la banda de viento, los fuegos artificiales, los adornos, las misas, la comida, así como el jaripeo y baile tradicional que convocan de manera gratuita. Sin embargo, la migración familiar permanente cancela esa posibilidad porque interrumpe el flujo de recursos y además provoca desarraigo, lo que origina que se deshabiten los lugares de origen, además, ocurren fenómenos en los lugares de llegada, como la discriminación racial y social, violación de sus derechos humanos y laborales, especialmente cuando se trata de población indígena, de mujeres y de menores.⁸

En relación con lo anterior, debido a la emigración, la localidad fue perdiendo casi la totalidad de la población joven en los últimos 30 años. Ha sido difícil retenerlos a partir de que cumplen 15 años, por tal razón, la cantidad de habitantes que a principios del 2010, momento en que se hizo el estudio, tenía entre 25 y 50 años se registró como muy baja, respecto a la población mayor de 50 años y la menor de 20. Situación que se puede observar en la Tabla 2. Esta población de entre 25 y 50 años, que se encuentra en la localidad, tiene trayectorias diversas, algunos nunca se propusieron emigrar, es decir que toda su vida ha transcurrido ahí y en algunos casos excepcionales, después de vivir un tiempo fuera, han regresado para seguir dedicándose a las labores del campo. En general, la mayoría de los nacidos entre 1960 y 1985 radican actualmente en otra parte, y son quienes paulatinamente han buscado la ayuda intergeneracional para la crianza de sus hijos.

Tabla 2. Población de Mazahuacán, Hgo., en el 2010, por grupos quinquenales.

Grupo	0-4	5-9	10-14	15-19	20-24	25-29	30-34	35-39	40-44	45-49	50-54	55-59	60-64	65-69	70-74	75-79	80-84	85-89	Total
Hombres	11	6	7	10	5	2	2	2	2	2	4	6	6	4	3	1	3	1	77
Mujeres	8	3	11	10	4	2	5	3	3	2	5	4	3	11	4	4	2	1	85
Total	19	9	18	20	9	4	7	5	5	4	9	10	9	15	7	5	5	2	162

Fuente: Elaboración propia. A partir de un censo general de población realizado entre marzo y mayo del 2010.

⁸ Atene Durán González, "Mujeres jornaleras, mujeres invisibles", en Atene Durán González (coord.), *Memoria. Mujeres afectadas por el fenómeno migratorio en México. Una aproximación desde la perspectiva de género*, México, Inmujer, 2007, pp. 161-171.

A pesar de que se contabiliza una cantidad alta de habitantes entre los menores de 19 años, es la población menos estable. Su permanencia en la localidad depende de la necesidad que tienen los padres y las madres de que las abuelas les proporcionen los cuidados. En algunos casos se describe que pueden ser durante varios años y en otros son sólo algunos meses, por tal motivo no siempre los registran en los censos oficiales. Haciendo una comparación entre los datos presentados en esta investigación y los resultados del Censo de Población y Vivienda realizado por INEGI en el 2010, unos meses más tarde, hay una diferencia de 21 personas. En la investigación se insistió en que era necesario mencionar a todas las personas que habitaban en ese momento la vivienda, independientemente de que estuvieran en vísperas de trasladarse a otro lugar o que mencionaran que por lo regular trabajan o estudian fuera y solamente están de visita durante el fin de semana, considerando que todavía no han establecido una residencia definitiva en otro lugar, que obligue a descartarlos de la localidad.

Otro dato que consideramos importante destacar es el porcentaje de viviendas habitadas 43 de 65, que corresponde a 66.15%, frente a las deshabitadas, 22 de 65, que asciende a 33.84%. Este factor se debe, en 36.36% de los casos, a la muerte de las personas mayores que las tenían en propiedad, así como a la emigración de familias completas en 27.27% de los casos, al reagrupamiento de las personas con parentesco directo, que, para no vivir solas y mantener dos casas, han buscado esa solución en 18.18% de los casos y 18.18% restante se trata de construcciones nuevas que, a pesar de que las familias se han establecido en la ciudad, invirtieron en la construcción de una vivienda en la localidad para usarla cuando estén de visita.

Las familias compuestas por 3 o más integrantes representa 55.81% del total, mientras que las compuestas por dos integrantes es de 30.33% y los hogares unipersonales son 13.95% de los casos. Dentro de los hogares unipersonales predominan los varones que viven solos, equivalente a 66.66%, respecto a 33.33% de mujeres que viven solas. La opción de los varones cuando quedan viudos es buscar otra pareja, mientras que las mujeres se reagrupan entre ellas, por parentesco directo, entre madres e hijas y hermanas; no se encontró ningún caso en que una mujer volviera a emparejarse después de quedar viuda. A diferencia de los hombres viudos, las mujeres viudas retienen a sus hijos pequeños más tiempo a su lado, mientras que los hijos de ellos se han acogido con sus hermanos mayores, trasladándose a vivir a otra localidad, a partir de la muerte de la madre. De la totalidad de la población, los hogares están encabezados por mujeres en 32.55% de los casos, mientras que los hogares encabezados por un varón constituyen 67.44%.

II. Acercamiento cuantitativo al cuidado de nietos y nietas

En 37.20% de los núcleos familiares hay nietos y nietas conviviendo con sus abuelas/os, pero se descartó de la investigación 9.20% de los casos, debido a que las madres

Sección Artículos de Investigación

están presentes y no realizan ninguna actividad laboral o de estudio que les impida hacerse cargo de sus hijos e hijas durante el transcurso del día.

De acuerdo con la información que se presenta en la Tabla 3, se destaca que, de las 12 abuelas que son cuidadoras, en 75% de los casos realizan esa actividad permanentemente, es decir, que el trabajo de crianza ha recaído completamente en ellas, porque las madres o padres de sus nietos y nietas radican en otro lugar y los visitan cada mes en promedio, aunque en algunos casos la frecuencia es menor, dependiendo de la distancia que hay entre la localidad y el lugar en donde se encuentran trabajando. En el restante 25% de los casos hay coresidencia de las madres, que trabajan o estudian ocupando parte del día en esa actividad, por lo que la responsabilidad es compartida, con la peculiaridad de que son madres que no conviven con su pareja y en su mayoría procrearon siendo muy jóvenes. En general la monoparentalidad se observa en 66% de los casos de las madres que demandan los cuidados para sus hijos e hijas. Mientras que las abuelas estuvieron casadas en 100% de los casos.

Las abuelas cuidadoras del estudio son un sector empobrecido. En términos generales, presentan baja escolaridad, en su mayoría no desempeñan actividades remuneradas. No tienen pensión. En 33.33% de los casos sus ingresos provienen de la venta de productos agrícolas que se cultivan con el apoyo de todo el grupo familiar, lo mismo ocurre con la cría de animales domésticos. La mayoría se beneficia con los programas sociales de Oportunidades y 70 y más.

En los casos de viudedad las abuelas cuidadoras dependen económicamente de sus hijos e hijas, por lo mismo se encuentran subordinadas a sus disposiciones y cuando sobrevive el marido es quien también se encarga de buscar los ingresos. Por los bajos ingresos de los que disponen, constituyen unidades más aptas para consumir en grupo que individualmente.⁹ Resulta obvio que si los hijos e hijas aportan económicamente y lo han hecho desde que emigraron, porque fue uno de los principales motivos que los llevaron a dejar la localidad, sus madres, en correspondencia cuidan a sus nietos y nietas, mientras trabajan en 91.66% de los casos y estudian en 8.33% de las situaciones. Entran en juego las redes de cambio como compensación de las ayudas que se brindaron anteriormente, lo cual supone la existencia de una deuda simbólica, debido a que, como afirma Goffman,¹⁰ toda relación se aferra a su propia historia, posee su propia carrera, su desarrollo natural y con ello su memoria. En palabras de Maus,¹¹ una prestación trae una contraprestación y participa de lo que llama un cambio confirmativo, así la reciprocidad es una exigencia en los contactos humanos, devolver por lo que se recibió, en este caso, los descendientes ayudan a sus progenitores, porque a su vez, recibieron su ayuda cuando eran infantes, pero demandan de ellos el apoyo porque cubren en parte sus necesidades económicas. Esta-

⁹ J. Askham, "Vida matrimonial de las personas mayores", en Sara Arber y Jay Ginn, *Relación entre género y envejecimiento; enfoque sociológico*. Madrid, Narcea, 1996, pp. 127-140.

¹⁰ E. Goffman, *La presentación de la persona en la vida cotidiana*. Buenos Aires, Amorrortu, 1981.

¹¹ M. Mauss, "Ensayo sobre el Don. Forma y razón del intercambio en las sociedades arcaicas", en *Sociología y antropología*, Madrid, Tecnos, 1971.

Tabla 3. Situación socioeconómica de las abuelas que cuidan nietos y nietas.

Abuelas Cuidadoras	1	2	3	4	5	6	7	8	9	10	11	12
Edad	68	45	72	65	67	75	65	51	80	70	78	52
Escolaridad P. Primaria S. Sec.	2°. P	6°. P	1°. P	0	1°. P	1°. P	3°. P	6°. P	0	1°. P	2°. P	6°. P
Estado civil 1. Casada 2. Viuda	2	1	1 (Migr.)	1	1	2	2	1	2	2	2	2
Vivienda 1. Propia	1	1	1	1	1	1	1	1	1	1	1	1
Personas que habitan	3	9	7	5	13	4	8	5	3	4	5	4
Procedencia de Ingresos*	2, 3	1,2,3	1,2,3	1,2,3,4	1,2,3	2,3,4	2,3,4	1,2,	2	1,2,3	2,3,4	2,3,5
Estado de salud 1. Bueno, 2. Regular 3. Delicado	2	1	3	1	2	2	3	1	2	1	1	2
Hijos/as vivos A. Hombre B. Mujer	A. 3 B. 4	A. 4 B. 4	A. 1 B. 3	A. 4 B. 4	A. 5 B. 7	A. 0 B. 2	A. 3 B. 3	A. 1 B. 2	A. 0 B. 5	A. 3 B. 1	A. 5 B. 3	A. 2 B. 4
Nietos/as en total	8	3	12	15	29	9	10	4	28	8	15	3
Nietos/as que cuida	2	1	1 y 4 bisniet.	1	7	3	5 y 1 bisniet.	2	2	2	2	1
Hijos de 1. Hijo 2. Hija	1	2	2	2	2	2	2	2	2	2	2	2
Corresidencia padre o madre	No	No	No	No**	No	No	No	Sí	No	No	Sí	Sí
Tiempo que lleva cuidando	2 años	4 años	24 años	10 años	16 y 14*** años	18 años	17 años	5 años	7 años	3 años	8 años	3 años
Disponibilidad para continuar	No	Si	No	Si	Si	Si	No	Si	Si	No	Si	Si
Ha cuidado otros nietos/as	No	No	Si	Si	Si	No	Si	No	Si	No	Si	No
Cuánto tiempo	-	-	20 años	5 y 4 años	3 años	-	17 años	-	5 años	-	20 años	-

Fuente: Elaboración propia a partir de entrevistas realizadas entre marzo y mayo del 2010.

*1. Esposo, 2. Hijos/as, 3. Programa social, 4. Venta de productos agrícolas, 5. Desempeña actividades remuneradas.

** Además de la nieta que cuida en la actualidad, cuya madre comparte la misma vivienda, ha cuidado a otras dos nietas de manera exclusiva, por lo que se considera a sí misma como no coresidente. Una de esas nietas tenía pocos días que se había ido a vivir con su padre cuando se hizo la entrevista, la había cuidado durante 5 años.

*** Una hija le dejó a sus hijos desde hace 16 años, la otra murió hace 14, por lo que se hizo cargo de los 4 nietos huérfanos desde entonces.

Sección Artículos de Investigación

mos ante una forma de vida en comunidad o pensar colectivo que pondera la existencia de la ayuda mutua y las redes socio-familiares donde las familias conservan un papel de sostén moral y afectivo, así como técnico, para el apoyo a los miembros con dependencia. En este sentido, las circulaciones monetarias muestran cómo los mundos sociales afianzan determinadas valoraciones de género, donde las personas son medidas —o valoradas— en función del cumplimiento de obligaciones, en las que se hacen legibles las virtudes y los bienes no circulan sin estar acompañados del trabajo moral específico de imponer y cumplir las obligaciones.¹²



En conjunto, la mayoría de las abuelas cuidadoras manifiestan que su estado de salud predominante es regular y delicado.

Las mujeres del estudio que cuidan a sus nietos y nietas, tienen capacidad de decisión sobre la forma en que administran el dinero al que tienen acceso, en parte porque esos hogares están formados por mujeres solas y parece existir una relación, aunque débil entre la capacidad de decisión en asuntos financieros y el grado de satisfacción general, lo cual está relacionado de alguna manera con el estado de salud. En conjunto, la mayoría de las abuelas cuidadoras manifiestan que su estado de salud predominante es regular y delicado, es esta una de las razones por las que ya no están dispuestas a seguir cuidando a sus nietos y nietas, situación que les demanda muchas responsabilidades y que tienen dificultad para cumplir. Más aún, varios de los nietos y nietas están entrando a la adolescencia, con lo que se complica la carga, porque no pueden manejar sus cambios de comportamiento. Desde el punto de vista objetivo, aunque las abuelas no requieren ayuda para la realización de las actividades de la vida diaria, en lo que respecta al aspecto subjetivo, al preguntarles como califican su estado de salud, menos de la mitad considera que es bueno, una proporción similar señala que es regular y 16.66% menciona que se encuentran delicadas, que no se han sentido bien últimamente y han requerido atención médica, incluso se han hospitalizado.

El tiempo dedicado a los cuidados va de 2 a 24 años. En la mayoría de los casos están cuidando a sus nietos y nietas desde que nacieron. Y 50% de las abuelas ya ha

¹² Ariel Wilkis y Florencia Partenio, “Dinero y obligaciones generizadas: las mujeres de sectores populares frente a las circulaciones monetarias de redes políticas y familiares”, *Revista de estudios de género La ventana*, Universidad de Guadalajara, vol. IV, núm. 32, Guadalajara, México, dic. 2010, pp. 177-213.

cuidado a nietos y nietas en otro momento, apoyando a otra u otro de sus hijos/as. También suele ocurrir que tengan cuidando a varios primos, es decir, que el apoyo se brinde a la vez a más de una hija. Es predominante, además, que las abuelas cuiden a los descendientes de sus hijas, es decir, que destaca la línea materna en los cuidados. Cuando el apoyo se ha destinado a los varones, es por su condición de viudedad o separación, cuya custodia de sus descendientes ha quedado a su cargo o porque de parte de la esposa no existe la posibilidad de que sus familiares la apoyen.

Se observa que 66.66% de las abuelas que cuidan a sus nietos y nietas prevén que habrán de hacerse cargo, por un tiempo más, de los que ahora están con ellas, situación que aceptan con resignación. Además, cuando se les pregunta si están dispuestas a cuidar a los descendientes de otras hijas o hijos a los que todavía no han apoyado, mencionan que sí, que lo harán si es necesario, porque no pueden desamparar a ninguno. Mientras que 33.33% opina que no se siente en condiciones de hacerlo más.

III. Aportaciones y conflictos en la vida de las abuelas

Respecto a las valoraciones positivas encontramos que en lo socioeconómico las abuelas reducen la sensación de ser una carga para sus hijos e hijas al recibir apoyo económico a cambio de cuidar a sus nietos/as. En lo psicológico el afecto, amor y cariño que comparten con quienes conviven, hacen olvidar los efectos negativos, así como atribuyen satisfacción personal al contribuir en la crianza y formación de sus nietos/as. Además, la cooperación intergeneracional permite que no vivan en soledad, que contribuyan solidariamente en el empoderamiento de las generaciones de mujeres jóvenes y que puedan transmitir una imagen social positiva de que su trabajo es útil. Sin embargo, como sostiene González de la Rocha,¹³ las familias son una unidad contradictoria atravesada por líneas de conflicto y poder, como las relaciones de género. En consecuencia, la intención es hacer visibles las contradicciones que viven las abuelas, mencionando, en primer lugar, algunos efectos negativos en los que coincidieron al ser entrevistadas. En relación con el trabajo doméstico, las mujeres que cuidan a sus nietos y nietas asumen largas jornadas de trabajo que por su edad viven como una sobrecarga, es común que hablen de cansancio, agotamiento, alteraciones del sueño y la vigilia, en cuanto al aspecto físico. Con respecto a lo socioeconómico, aumentan los gastos en la economía familiar, persiste la dependencia económica sobre su pareja e hijos/as, resulta difícil compatibilizar los cuidados con la posibilidad de realizar algún trabajo remunerado, hacer ahorros o gastar más allá de lo estrictamente necesario. En cuanto al aspecto psicológico, la pérdida de tranquilidad, sensación de preocupación constante, incluso miedo, cuando los nie-

¹³ Mercedes González de la Rocha, *The resources of poverty. Women and survival in a mexican city*, Oxford, Basil Blackwell, 1994.

Sección Artículos de Investigación

tos crecen y se meten en líos con sus pares, hacen que vayan apareciendo cuadros de ansiedad, nerviosismo, pérdida de paciencia, tensión, que, si no son urgentes de atender, pasan a segundo plano con lo que a la larga llegan a complicarse. Así como la falta de libertad por la obligatoriedad en la realización de las tareas domésticas y de cuidados, la presión y la pérdida de espontaneidad, por la planificación estricta del ritmo diario: horarios, comidas, higiene, asistencia de los nietos/as a la escuela y otras actividades que no se pueden postergar. Por último, las relaciones familiares están teñidas de conflictos con la pareja por el reparto de roles estereotipados, falta de apoyo para las tareas domésticas y en el cuidado de los nietos y nietas y las presiones familiares que desembocan en conflictos, por la forma en que se realizan los cuidados.

La demanda de cuidados, de nietos y nietas, en lo cotidiano, hace que las abuelas deban cubrir las tareas relacionadas con la satisfacción inmediata de las solicitudes que generan, mismas que se convierten en obligatorias, como son las actividades relacionadas con la alimentación, la higiene, la salud, la vigilancia durante el día y la noche y todo lo concerniente a la educación como proceso de socialización y en su vertiente formal. Agulló define que

[...] la actividad de cuidar a otros no es únicamente una actividad física, sino también y fundamentalmente, una actividad mental. Cuidar significa, sobre todo, planificar y estar pendiente, prever la necesidad antes de que ésta surja, prevenir. En el caso del cuidado de los infantes la tarea de previsión y planificación se convierte en una parte central, difícil a veces de deslindar de otras actividades [...]¹⁴

Lo que da lugar a un aumento del tiempo dedicado al trabajo no remunerado. En efecto, las abuelas que proporcionan cuidados a sus nietos y nietas describen que se han dedicado a la actividad durante las 24 horas, especialmente en los casos en que se han hecho cargo de recién nacidos o cuando enferman.

Las trayectorias biográficas muestran que las madres no han tenido que abandonar las actividades remuneradas en el momento del matrimonio o tras el nacimiento del primer hijo, con lo cual se van modificando las pautas sociales de que las mujeres deben dedicarse a la realización de las tareas domésticas de manera exclusiva. A pesar de que algunas de estas mujeres atravesaron por el despido durante el embarazo o después del parto, con el pretexto, por parte de sus empleadores, de que no tenían el rendimiento adecuado, porque la maternidad era vista como un obstáculo para el desempeño laboral. Su readmisión o nueva contratación estuvo condicionada a que no se distrajeran con la crianza de sus hijos, es decir que no les autorizaban permisos por ningún motivo, por ejemplo, para cuidarlos en caso de enfermedad o para atender las solicitudes de parte de las instituciones educativas cuando las citaban.

¹⁴ S.M. Agulló, *Mujeres, cuidados y bienestar social: el apoyo informal a la infancia y a la vejez*, Madrid, Ministerio de Trabajo y Asuntos Sociales-Instituto de la Mujer, 2002, p. 26.

Cabe mencionar que por la baja cualificación, producto de haber cursado solamente los estudios secundarios, han sido más vulnerables a este tipo de violaciones a sus derechos, además no han buscado defenderse y la única salida que encontraron fue recurrir a sus propias madres para que les ayudaran con la crianza de los hijos e hijas. En algunos casos se instalaron en la localidad el tiempo estrictamente necesario para el parto e inmediatamente volvieron a sus puestos de trabajo, entonces las abuelas se hicieron cargo de sus nietos y nietas desde recién nacidos.

En este sentido, que las abuelas se hagan cargo del cuidado de sus nietos y nietas ha permitido y permite que las mujeres más jóvenes se hayan podido incorporar al mercado de trabajo y a los estudios. Aunque las de este último rubro son protagonistas del cambio y se han empoderado, es decir, “que han superado su falta de poder”,¹⁵ mediante su incorporación al trabajo remunerado, aquéllas lo han hecho posible. Por lo anterior coincidimos con otros autores/as en que las abuelas contribuyen de manera importante como red de apoyo de sus hijas ante las necesidades laborales o de otro tipo.

En España, se reporta que las “[...] mujeres mayores que son abuelas tienen un papel fundamental en la normalización de la actividad laboral femenina, ya que se hacen cargo del cuidado de los hijos de las madres trabajadoras, lo que hace que cambie la situación social y económica de estas mujeres”.¹⁶ De la misma manera, Pérez Díaz¹⁷ observa una contribución decisiva y subestimada de las mujeres mayores en la mejora de los niveles educativos de las generaciones de sus hijos. Se trata, en consecuencia, de aportaciones en especie, invisibles, que no pueden medirse en valores monetarios. Es precisamente esa invisibilidad de las aportaciones lo que hace que las personas mayores las perciban como improductivas y que las realicen porque no quieren ser una carga para su familia. Tobío aborda, además, el papel diferencial de las abuelas, según la clase social a la que pertenecen,

En este sentido, que las abuelas se hagan cargo del cuidado de sus nietos y nietas ha permitido y permite que las mujeres más jóvenes se hayan podido incorporar al mercado de trabajo y a los estudios.

[...] para las madres trabajadoras de la clase baja, la ayuda de las abuelas se convierte en un recurso estratégico para permitir su incorporación al mercado de trabajo, porque su capacidad de elección ante otras alternativas de atención de los menores es muy limitada, en las clases altas, sin embargo,

¹⁵ Teresa del Valle (coord.), *Modelos emergentes en los sistemas y las relaciones de género*, Madrid, Narcea, 2002, p. 201.

¹⁶ C. Tobío, “Cambio social y solidaridad entre mujeres”, en V. Maquieira (ed.), *Mujeres mayores en el siglo XXI*, Madrid, Imserso, 2002, p. 210.

¹⁷ J. Pérez Díaz, *Transformaciones sociodemográficas en los recorridos hacia la madurez. Las generaciones españolas de 1906-1945*, tesis doctoral, inédita, España, 2001.

el papel de las abuelas se reduce considerablemente, lo más habitual es que los hijos de estas mujeres trabajadoras estén a cargo de trabajadoras domésticas o de guarderías y escuelas infantiles [...]¹⁸

Situación similar a lo que ocurre en México y particularmente entre las mujeres de este estudio, porque dentro del apoyo intergeneracional, impera el criterio de necesidad, la familia adopta esta estrategia por no contar con recursos económicos suficientes para pagar el servicio o acceder a las instituciones que lo prestan.

A nivel mundial se considera que las mujeres mayores, en este comienzo del siglo XXI, se están convirtiendo en una “generación pivote de las transformaciones de la vida familiar”.¹⁹ El cuidado de los nietos está permitiendo que las mujeres jóvenes se incorporen masiva y plenamente al mercado de trabajo, especialmente en las clases más modestas.²⁰ Además, en etapas anteriores de su curso vital, esta misma generación de mujeres contribuyó a que sus hijos e hijas accedieran a un nivel educativo que para ellas no fue posible, la mayoría de los hijos e hijas pudo cursar la educación secundaria en las décadas de los ochenta y los noventa, fue un gran salto en las condiciones de vida imperantes en ese momento. En la década del 2000 al 2009, se apostó por alcanzar la educación media superior, a pesar de que supone un enorme esfuerzo económico entre las familias campesinas.

Otro de los cambios producidos en las últimas décadas, en la localidad, es la vuelta a los hogares multigeneracionales, similar a lo que ocurre en Estados Unidos, donde “[...] los hogares multigeneracionales están aumentando, sin embargo este incremento parece responder más a las necesidades de los hijos que de las personas mayores [...]”,²¹ porque, agrega Lourdes Pérez Ortiz, de esta forma el hogar multigeneracional recupera su función estratégica ante determinados problemas como la falta de salud o una situación financiera difícil, pero esta vez en un sentido ascendente: son las personas mayores las que acogen en sus viviendas a los nietos y eventualmente a los hijos, ante rupturas matrimoniales, pérdida de empleo y dificultades de acceso a la vivienda, entre otras, situación que se puede observar de manera equivalente en el caso que nos ocupa, según lo que señala Meil,²² dicha variedad de modelos en los que la familia es compatible con el planteamiento y desarrollo de los proyectos vitales individuales de cada uno de sus miembros y los cambios están sucediendo en la generación de las hijas, para el caso de las mujeres que son abuelas cuidadoras de sus nietos y nietas. Mientras ellas contribuyen a estos cambios, siguen operando sus vidas bajo el modelo tradicional. Situación que se observa en todos

¹⁸ C. Tobío, *op. cit.*, p. 222.

¹⁹ Lourdes Pérez Ortiz, *Envejecer en femenino. Las mujeres mayores en España a comienzos del siglo XXI*, Madrid, Ministerio de Trabajo y Asuntos Sociales-Instituto de la Mujer, 2003, p. 229.

²⁰ C. Tobío, *op. cit.*

²¹ Lourdes Pérez Ortiz, *op. cit.*, p. 31.

²² Gerardo Meil, “Cambio familiar y solidaridad familiar en España”, *Revista del Ministerio de Trabajo y Asuntos Sociales*, núm. 26, España, 2000, pp. 129-154.

los casos del estudio, si aún viven sus esposos ellos se encargan de aportar económicamente y si han quedado viudas, la disponibilidad de recursos económicos se restringió y aumentó la dependencia familiar al buscar refugio en sus hijos e hijas, porque las cuidadoras no cuentan con percepciones salariales. Esta búsqueda de refugio en sus familias, sirve también como soporte a las experiencias de soledad, de ahí que sus hijas faciliten por temporadas la convivencia con algunos de sus nietos, a fin de paliar en parte esos sentimientos al sentirse acompañadas y visitadas con cierta regularidad.

En otro sentido, a diferencia de lo que señalan López y Casado²³ y Rodríguez,²⁴ en sus estudios sobre familias españolas, en las que las formas de convivencia y la posibilidad de mantener la autonomía residencial, hace que muchos hombres por su falta de cónyuge no mantengan un domicilio autónomo, mientras que las mujeres sí. Los citados autores, encontraron que los varones mayores son extremadamente dependientes de sus esposas para la realización de las tareas domésticas y cuando la esposa falta, se desplaza esta responsabilidad a otra mujer, la hija, la nuera, o cualquier otra disponible, porque son pocos los hombres que pueden desenvolverse en el ámbito doméstico. Concluyen, con lo anterior, que la asignación de roles tradicionales que han asumido los mayores de los momentos actuales y que han generado dependencia para las mujeres, a lo largo de toda su existencia, se invierte de alguna manera en la vejez: las mujeres mayores, por sus roles tradicionales de cuidadoras del hogar, son en la vejez bastante más autónomas en lo que respecta a este aspecto indispensable para desenvolverse en la vida cotidiana. En el caso de las personas de nuestro estudio, que viven en una zona rural, hombres y mujeres en situación de viudedad o separación, viven en su propio espacio, coadyuva que todos son propietarios de sus viviendas y se arraigan a ella. Además, se observa, que hay más hombres que mujeres viviendo solos, al entrevistarlos mencionaron que ellos realizan la totalidad de las tareas del hogar, a la vez que laboran en el campo. No reciben apoyo por parte de nadie, debido a que sus descendientes no viven en la misma localidad, por tanto, desde el momento que fue necesario asumieron todas las actividades solos. Algunas mujeres, por el contrario, tomaron la decisión de reagruparse, como estrategia económica, para compartir los gastos, porque sus ingresos son más reducidos, pues es difícil que participen en actividades remuneradas. Esta estrategia también les permite hacerse compañía y en los casos donde tienen a su cargo a sus nietos, se traduce en que no permanezcan completamente solas. Aunque

[...] la existencia de varias generaciones dentro de una familia no garantiza la existencia de relaciones efectivas entre los miembros de las distintas generaciones, ya se trate de relaciones afectivas, financieras o de ayuda mutua. El aumento del número de personas en la familia, tampoco nos di-

²³ G. López Casasnovas, y D. Casado Marín, *Vejez, dependencia y cuidados de larga duración en España*, Barcelona, Fundación La Caixa, 2001.

²⁴ Josep A. Rodríguez, *Envejecimiento y familia*, Madrid, CIS, 1994.

ce nada de la calidad de esas relaciones. El razonamiento puede extenderse fácilmente a la cantidad de relaciones entre los miembros de la familia, que existan contactos frecuentes no indica por sí mismo que las relaciones sean positivas y enriquecedoras para todos ellos [...]²⁵

Con lo anterior se reconoce que van apareciendo conflictos, por diversas situaciones, emanados en esa convivencia cotidiana.

De manera más precisa, Rojo y Fernández-Mayoralas,²⁶ muestran que para las mujeres del ámbito rural español, cuyos hijos han emigrado a otros municipios de mayor tamaño, el recurso estratégico para el mantenimiento de un hogar independiente sea la supervivencia del cónyuge y frente a su pérdida abandonen el domicilio y vayan a vivir a donde residen sus hijos. En el caso de las mujeres rurales de nuestro estudio, no ocurre de esa manera, prefieren quedarse a vivir en la localidad, sitio en el que siempre se han desenvuelto y en el que dominan las estrategias de supervivencia con precisión, razón por la cual posponen lo más posible o nunca se plantean trasladarse a las zonas urbanas con sus hijos e hijas, en parte, porque las condiciones de las viviendas en las ciudades no facilitan la llegada de una persona más y porque no se acostumbran al estilo de vida, ya que, mencionan, no les gusta la contaminación, la cantidad de gente, y los peligros. Cuando van de visita se sienten atrapadas en un espacio reducido y para salir a la calle requieren del acompañamiento de otros familiares, además, todo representa gastos, todo tiene que comprarse o pagarse, los alimentos, el agua, el combustible, el transporte, mientras en la localidad utilizan leña, no pagan el agua que aprovechan de los manantiales, se desplazan a pie y varios alimentos se producen en sus huertos o en los corrales anexados a las viviendas. También se ha dado el caso de perder los apoyos del Programa Oportunidades si no se presentan a recogerlos en la fecha que les corresponde, además, de que no son transferibles si se trasladan a vivir a una ciudad.

En cuanto al reparto de tareas, en los casos de las abuelas que cuidan a sus nietos y nietas, en nuestro estudio, mantienen los tradicionales roles de género. Cuando están en pareja, los varones se encargan de buscar el sustento y las mujeres se dedican a las tareas domésticas, aunque cultural, social y económicamente no se reconozca de manera efectiva su aportación, de acuerdo con lo que señala Okin

[...] todo el trabajo que realizan las mujeres al atender y criar a sus hijos/as, al limpiar y mantener sus hogares, al cuidar a las personas mayores y enfermas, así como sus diversas contribuciones al trabajo de los hombres no se consideran trabajo. Éste es, claramente, uno de aquellos ejemplos en los que la situación de las mujeres más pobres en los países pobres no es cualitativamente *diferente* de la situación de la mayoría de las mujeres en

²⁵ Lourdes Pérez Ortiz, *op. cit.*, p. 203.

²⁶ F. Rojo y G. Fernández-Mayoralas (eds.), *Envejecer en casa. La satisfacción residencial de los mayores en Madrid como indicador de su calidad de vida*. Madrid, CSIC, 2002.

los países ricos, sino, más bien, “similar aunque peor”, habida cuenta que el trabajo realizado por las mujeres (y por los niños/as) en los países pobres es todavía más —y a veces mucho más— invisible, no se cuantifica o queda “subsumido bajo el trabajo de los hombres”. Las tareas agrícolas de subsistencia, el cuidado de los animales, el artesanado doméstico (o bien para el mercado) y la a menudo ardua tarea de ir a buscar agua y combustible se añaden a la categoría de trabajo femenino no reconocido”.²⁷

En la división por género de las actividades, los abuelos han inducido a sus nietos a que los acompañen a las labores del campo y las realicen, así como al cuidado del ganado mayor, dejando que las niñas se adhieran más al espacio del hogar. Sin embargo, estos roles estereotipados se desdibujan cuando los varones que son jefes de familia no están realizando actividades laborales fuera de la casa, entonces tienden a participar más en las labores domésticas y en especial en el cuidado de nietos y nietas si tienen menos de dos años, porque reclaman más tiempo en su cuidado, las abuelas dicen que ellos han contribuido administrándoles alimentos, cargándolos y aseándolos, en especial cuando no hay otra persona que lo haga. Esta redefinición de roles quizás se deba a lo que Rodríguez y Sancho²⁸ y Wilson²⁹ denominan como redefinición de roles en la vejez, a pesar de que las mujeres y hombres mayores se hayan socializado y realizado sus opciones vitales más importantes en un contexto más tradicional y con diferencias de género más marcadas, están viviendo un cambio social muy rápido en los últimos años, cuando les ha llegado la madurez y la vejez, es decir, que se da un “contagio de las transformaciones sociales que están ocurriendo a su alrededor”.³⁰ No obstante, cuando hay otras personas que puedan realizar las actividades inherentes a los cuidados de los infantes, la participación disminuye, como por ejemplo si se dispone de la colaboración de las nietas mayores que conviven en el mismo hogar.

Si bien las mujeres cuidadoras, respecto a este estudio, no están aisladas respecto del resto de su familia y mencionan que mantienen relaciones positivas y reciben apoyo económico de todos o la mayoría de sus hijos e hijas, no siempre es posible que las relaciones se den cara a cara, sustituyéndose por llamadas telefónicas cuando las distancias son largas, pero al menos en dos momentos al año las visitan, es el caso de la semana santa y el fin de año. Mientras que las madres de los nietos y nietas que reciben los cuidados viajan en promedio una vez al mes para visitarlos, a pesar

²⁷ Susan M. Okin, “Desigualdad de género y diferencias culturales”, en Carme Castells (comp.), *Perspectivas feministas en teoría política*, Barcelona, Paidós, 1996, pp. 191-192.

²⁸ P. Rodríguez Rodríguez y M.T. Sancho, “Vejez y familia: apuntes sobre una contribución desconocida”, *Infancia y soledad*, núm. 29, 1995, pp. 63-79.

²⁹ G. Wilson, “Yo soy los ojos y ella los brazos: cambios en los roles de género en la edad avanzada”, en Sara Arber y Jay Ginn, *Relación entre género y envejecimiento; enfoque sociológico*, Madrid, Narcea, 1996, pp. 141-162.

³⁰ *Ibidem*, p. 145.

de que su presencia se reduce a unas horas: la tarde y noche del sábado y la mañana del domingo, esto sirve para mantener el vínculo y no alejarse emocionalmente, aunque en la corta visita el intercambio de información es limitado y las abuelas no siempre alcanzan a mencionar todas las vivencias cotidianas, ni se les facilita expresar sus preocupaciones personales y las presiones emocionales con las que viven.

La relación con los nietos y nietas que las abuelas tienen a su cuidado, se describen como más satisfactorias cuando son pequeños.

Se detectaron casos en los que hay malestar entre los hijos e hijas que no reciben apoyo para el cuidado de sus descendientes, cuando observan abuso por parte de los nietos y nietas que están a cargo de las abuelas, manifestando que las madres de éstos, es decir sus hermanas, deben prestar más atención y condicionar la estancia de los pequeños

a su buen comportamiento. Articulado con lo anterior, la relación con los nietos y nietas que las abuelas tienen a su cuidado, se describen como más satisfactorias cuando son pequeños, pero en todos los casos se ha complicado cuando entraron a la adolescencia, de manera similar a lo que Morgan y Kunkle³¹ mencionan en su trabajo, pues los nietos y nietas en esta edad se vuelven más distantes, más desobedientes y suelen responder a las reprensiones verbales que les hacen, lo cual ocasiona que la insatisfacción se acumule. De la misma manera, cuando los nietos y nietas no han crecido con las abuelas desde la infancia tienen establecidos algunos hábitos y formas de comportamiento con los que les ha resultado difícil lidiar. En especial, en el caso de los varones adolescentes, han ocurrido situaciones en las que no respetan ninguna regla, se enfrentan a pleitos en la escuela, consumen sustancias tóxicas y paulatinamente inducen a otros a que lo hagan, no acuden a clases, a pesar de que todos los días salen del hogar y simulan que se dirigen a la institución educativa, en la localidad vecina. En el trayecto, que dura dos horas a pie, acuerdan con sus pares que utilizarán el tiempo de otra manera, por lo general, terminan excediéndose y afectando las propiedades ajenas por las que transitan o donde se ocultan. Algunos han desertado o han sido expulsados de la escuela secundaria y/o del nivel medio superior, debido a la inasistencia, problemas de conducta y bajo rendimiento académico. En consecuencia, como no utilizan el tiempo libre para realizar actividades productivas, porque no tienen una apremiante necesidad, se reúnen con otros adolescentes y una vez que se compactan como grupo, planifican fechorías, como robos en las viviendas, situación que la gente de la localidad no veía anteriormente. Ante las evidencias y señalamientos de los demás habitantes, las abuelas manifiestan que están cansadas de llamarles la atención, como es de esperar, los nietos niegan su participación y, en consecuencia, no dan visos de modificar su comportamiento. En estas situaciones extremas, las abuelas han pedido a sus hijas y yernos que se lleven consigo a los nietos.

³¹ L. Morgan y S. Kunkle, *Aging. The social context*, Londres, Pine Forge, 1996.

En otros casos, las adolescentes han desertado de la escuela por embarazo o porque en cualquier momento se van a vivir con sus parejas. Como todo ocurre repentinamente, las madres suelen reclamar a las abuelas su falta de atención, sin embargo ellas replican, señalando que no pueden mantener una estricta vigilancia sobre algunas de las nietas, teniendo más tareas que realizar. Algunas abuelas también se han visto obligadas a aceptar la maternidad adolescente y en soltería, de sus nietas, mismas que han continuado viviendo en el mismo hogar junto con sus descendientes, lo cual multiplica los gastos. Dichas adolescentes desertaron de la escuela y no se han empleado en actividades remuneradas, por lo que el dinero que también aportan otros hijos e hijas de las abuelas sirve para cubrir toda la carga que se genera en los hogares. En este sentido, la situación ha llevado a los tíos y tías a cambiar la relación con sus sobrinas que han procreado. Por un lado, hay quienes manifiestan que las adolescentes deberían trabajar para cubrir sus propios consumos y otros que cierran la opción a la salida del hogar para que hagan su vida en pareja, porque si bien mantienen la relación en el plano sentimental, en cuanto al aspecto material, las parejas no se han responsabilizado en ningún momento de la manutención de sus hijos/as. La actuación de las abuelas ante esta situación se ha reducido a redoblar el trabajo doméstico en las adolescentes madres de familia, como una forma de castigo y a apoyarlas en lo económico de forma temporal.

Situaciones como las anteriormente descritas, han desembocado, en los dos casos, donde las abuelas tienen a sus nietas con hijos, en lo que Guijarro³² denomina síndrome de la abuela esclava. Se trata de un cuadro clínico inducido por la carga de trabajo que soportan a su edad, que incluye el cuidado diario de los nietos e hijos adultos que no se han emancipado, en un caso la abuela tiene a su cargo a una hija con síndrome de Down y a la nieta con cuatro descendientes. La nieta tiene un carácter muy irritable y continuamente discute con su abuela, por diversos motivos. La abuela dejó temporalmente el hogar, por presentar síntomas que ameritaban una hospitalización urgente, a pesar de la gravedad que mostraba, no le practicaron ninguna cirugía, porque los médicos diagnosticaron que no era necesaria, al egresar del hospital estuvo viviendo con una de sus hijas en otra localidad, cuando mejoró un poco volvió a su hogar, refiere que su estado de salud es malo y no sabe por qué. En otro caso, la abuela vive con un hijo que permanece soltero, además tiene a su cargo a 5 nietos y nietas de entre 11 y 15 años y a un bisnieto de dos años que la madre procreó a los 13 años. Otras dos nietas que estaban a su cargo, de madres diferentes, se fueron a vivir con sus parejas el mismo día, tenían 16 años de edad. Meses más tarde falleció el marido de la abuela cuidadora, con lo cual perdió su soporte y al poco tiempo de quedar viuda empezó a manifestar síntomas como fuertes dolores en el vientre, cambios en el ritmo cardíaco y presión arterial y desvanecimientos. Temporalmente otros de sus hijos la trasladaron a la Ciudad de México para su tratamiento, se ha hospitalizado en tres ocasiones, aparentemente para que le practicasen

³² A. Guijarro Morales, *El síndrome de la abuela esclava. Pandemia del siglo XXI*, Granada, Grupo Editorial Universitario, 2001.

Sección Artículos de Investigación

una cirugía, pero los médicos han dictaminado que no es necesaria. Lo cierto es que al volver a la localidad de origen vuelve a recaer. Desde el punto de vista clínico, Guijarro³³ menciona que el síndrome de la abuela esclava tiene una multiplicidad de síntomas crónicos, rebeldes y recurrentes, o de enfermedades comunes, que no responden adecuadamente a los tratamientos convencionales. El síndrome puede conducir a la muerte, pero en todo caso provoca un sufrimiento crónico, de difícil tratamiento y diagnóstico, que lleva a un notable deterioro en la calidad de vida de las mujeres y de su entorno familiar. El autor citado afirma que en muchos casos lo único que reduce los síntomas es la hospitalización, porque aleja completamente del entorno familiar y de las obligaciones a él vinculadas. Pero el alivio remite en el momento en que las mujeres vuelven a sus hogares, entonces experimentan recaídas y una agravación progresiva de su estado. El autor agrega que la dificultad para el diagnóstico y curación del síndrome deriva de la educación tradicional de las mujeres, que incluye no sólo la obligación de cuidar a su familia y de su casa, sino también del alto sentido de dignidad y pudor, que les lleva a asumir pesadas cargas de trabajo sin expresar ninguna queja o, al menos, no hacerlo de una forma lo suficientemente expresiva como para llamar la atención de las personas de su entorno. El resultado es que se sienten atrapadas entre el sentido del deber y la necesidad de sentirse útiles a los demás, y unas obligaciones familiares muy exigentes a las que no les es posible hacer frente, como puede verse en el siguiente párrafo:

[...] la carga de trabajo que suponen estas abuelas consiste en un conjunto de tareas de atención directa y diaria que no sólo son de gran dureza en términos físicos, en una etapa de la vida en la que las fuerzas van disminuyendo por efecto de la edad, son además tareas complejas que implican responsabilidad, sometimiento a horarios estrictos y a toma de decisiones también complejas.³⁴

Por su parte, Walker³⁵ señala que existe una asimetría en las relaciones de poder dentro de las unidades domésticas, entre hombres y mujeres, pero también en la relación entre cuidador y cuidado, menciona que es evidente que la violencia y los malos tratos están directamente vinculados a las relaciones de género, porque no sólo es más probable que las mujeres sean víctimas de estas experiencias negativas, sino que además las mujeres ancianas tienen más dificultades sociales y económicas que los hombres para escapar de situaciones abusivas,

[...] la llegada de los nietos puede añadir un sentido a la vida de las mujeres mayores, aunque el rol no será seguramente tan intenso, incluso entre las

³³ *Idem.*

³⁴ Lourdes Pérez Ortiz, *op. cit.*, p. 192.

³⁵ A. Walker, "Actitudes hacia el envejecimiento de la población en Europa. Una comparación de los eurobarómetros de 1992 y 1999", en A. Walker y G. Naeye (eds.), *The politics of old age in Europe*, Londres, Open University Press, 1999.

que asumen el cuidado diario de los nietos, puesto que en este caso, muchas de las decisiones más importantes con respecto a la vida de los nietos escapan al control de las abuelas [...] El cuidado de los nietos puede ser de la misma forma, una ocasión plena de satisfacción y significados o, todo lo contrario, una dura prueba para la que las mujeres mayores ya no tienen ni las fuerzas ni la motivación suficiente, a ello se añade el papel meramente auxiliar que desempeñan muchas de ellas, puesto que no son quienes toman las grandes decisiones, y en ocasiones hay falta de comprensión del cónyuge [...].³⁶

Y agregaríamos de las propias madres a las que les cuidan los hijos. Las mujeres tanto, en su condición de personas ancianas como en la de cuidadoras de otras personas, aparecen como víctimas pasivas de las circunstancias, sostiene Walker: “[...] las personas ancianas y la mujeres en particular, están en realidad atrapadas en la pobreza [...] La pobreza en la vejez está en relación con la baja categoría económica y social anteriormente vivida.”³⁷

Y como señala Nanda³⁸ debido a que en la actualidad no participan en actividades remuneradas, las normas culturales respecto al cuidado de los niños disponen que se amolden al trabajo productivo de las otras mujeres, en lugar de que las normas de trabajo se adapten al embarazo y al cuidado de los niños, en consecuencia, padecen desigualdad en función del género, que no es más que una manera de excluir socialmente a un sector, más aún si a ello sumamos otros aspectos como el contexto geográfico y económico en que tienen lugar, mismos que reproducen la marginación y pobreza. Así, la exclusión social sucede por la interacción de múltiples factores que impiden acceder a un nivel de calidad de vida digna, o participar en los procesos de desarrollo. Comprende las dificultades de acceso al trabajo, al crédito, a los servicios sociales, a la instrucción, así como el analfabetismo, la pobreza, el aislamiento territorial, el riesgo epidemiológico, la discriminación por género, la discriminación política y carencias en las viviendas.³⁹ A su vez, la vulnerabilidad está marcada dentro de la familia por: relaciones de poder asimétricas, desigual distribución y asignación de recursos, uso del tiempo que limita su disponibilidad para capacitación y aprendizaje, para acceder a oportunidades laborales, para el autocuidado, descansar, participar social y políticamente, además de la violencia dentro de la familia. Las abuelas son vulnerables también porque no traducen su trabajo en ingresos que puedan emplear en su bienestar personal, toda vez que el uso de los recursos monetarios

³⁶ Lourdes Pérez Ortiz, *op. cit.*, pp. 37-38.

³⁷ A. Walker, *The poor relation: poverty among older women*, en C. Glendinning y J. Millar (eds.), *Women and poverty in Britain*, Hemel Hempstead, Harvester Wheatsheaf, 1987, p. 91.

³⁸ Serena Nanda, *Antropología cultural. Adaptaciones socioculturales*, México, Grupo Editorial Iberoamérica, 1987.

³⁹ Gabrielle Quinti, “Exclusión social: sobre medición y sobre evaluación. Algunos modelos”, en Rafael Larín, Krujit Menjivar y Lietke van Vuncht Tjssen (eds.), *Pobreza, exclusión política y social*, San José, UNESCO/Flasco/Universidad Utrech, 1997, p. 71.

a su alcance debe cubrir primordialmente las necesidades de sus nietos y nietas. Más aún, en lo social las percepciones sobre la vejez no las benefician, así como el débil poder político de las mujeres mayores, la existencia de estructuras no democráticas y la desigualdad en el acceso a instancias de decisión.

VI. Conclusiones

En el último cuarto del siglo XX, en la localidad estudiada, se acentuó la migración del campo a la ciudad con la intención por parte de los migrantes de obtener ingresos para cubrir los gastos familiares. Son los y las adolescentes quienes dejan el sector primario y, a pesar de que estas últimas se insertaron mayormente en el sector de servicios, que son una prolongación de los trabajos, que realizan en el ámbito doméstico pero por el hecho de recibir una remuneración, lo consideran de gran avance en su condición social como mujeres. Sin embargo, la situación crónica de subempleo y explotación laboral que no les reconoce casi ningún derecho y el desamparo de parte del sistema de protección social hace que no puedan amortiguar sus necesidades más apremiantes en el momento de la maternidad, viviendo situaciones de pérdida de empleo o no contratación. Es cuando ha resultado necesario recurrir a las redes familiares de apoyo para el cuidado y crianza de los hijos. En particular son las abuelas quienes han asumido esa tarea, como parte de un intercambio solidario.

En consecuencia, resulta tremendamente injusto no reconocer las actividades de protección a la infancia que realizan las abuelas. La omisión económica y cultural de ese trabajo que desarrollan en el domicilio propicia las mayores inequidades. Son las mujeres las que constituyen la unidad de producción de bienes y servicios, al mismo tiempo que no gozan de reconocimiento, beneficios o retribuciones equivalentes, pero tampoco se considera su opinión a la hora de buscar su solidaridad, simplemente se asume que deben aceptar hacerse cargo de sus nietos y nietas. Por otro lado, la edad es un factor en su contra, cada vez les resulta más difícil hacerse cargo de todas las tareas y, en especial, algunas son víctimas de la violencia por parte de sus nietos y nietas, concretamente cuando éstos han llegado a la adolescencia.

Nos encontramos ante la emergencia de nuevas vulnerabilidades que surgen en la vida cotidiana, cobijadas en las necesidades de subsistencia y que hacen que las mujeres mayores no sean reconocidas como sujetos de derechos, sino que están atadas al lenguaje de las emociones. En el caso de atención a la infancia, descrito en el presente trabajo, las relaciones de convivencia tienen un fuerte componente de cambio y las interacciones entre los individuos pueden ser comprendidas como tentativas de maximizar los provechos, sean estos materiales o no. En todo caso, las abuelas podrían continuar apoyando únicamente si el cambio se revela más provechoso que costoso. Y las políticas sociales deberían proponer programas educativos, de apoyo comunitario y organizar la sociedad y los servicios de forma tal que las responsabilidades de los cuidados a los infantes sean justas y equitativamente distribuidas.

Una alternativa óptima es universalizar los servicios de atención a la infancia en el país, para que no sea necesario recurrir al apoyo de las abuelas en el cuidado de los nietos y nietas en el hogar, así el costo recaería en el Estado y no en las familias. Pero las políticas públicas que hasta ahora no han considerado ese tema, no parecen tenerlo en la agenda a corto plazo. De ahí la importancia de contribuir con este trabajo en la explicitación de la forma en que la sociedad ve a las mujeres como las responsables directas para la realización de dichas tareas. Poniendo en evidencia las jerarquías en la asignación de las fun-



Una alternativa óptima es universalizar los servicios de atención a la infancia en el país, para que no sea necesario recurrir al apoyo de las abuelas en el cuidado de los nietos y nietas en el hogar, así el costo recaería en el Estado y no en las familias.

ciones según se trate de hombres y mujeres, donde a estas últimas no se les deja un margen de elección, sino que se les subordina a las exigencias ajenas. Los discursos sociales dominantes y sus implicaciones en lo cotidiano han convertido el espacio doméstico en invisible, no se tiene en cuenta para la contabilidad nacional que muchas de las actividades realizadas en su interior son también trabajo, como si asegurar la alimentación, el aseo del espacio, la higiene personal, la vestimenta, la comodidad, el bienestar emocional y afectivo no solo de los familiares dependientes sino de todos en general fuese poco importante.

Bibliografía

- Aguirre Baztán, A. *Etnografía. Metodología cualitativa en la investigación sociocultural*. Barcelona, Boixareu Universitaria, 1995.
- Agulló, S. M. *Mujeres, cuidados y bienestar social: el apoyo informal a la infancia y a la vejez*. Madrid, Ministerio de Trabajo y Asuntos Sociales-Instituto de la Mujer, 2002.
- Arber, Sara y Jay Ginn. *Relación entre género y envejecimiento; enfoque sociológico*. Madrid, Narcea, 1996.

Sección Artículos de Investigación

- Askham, J. "Vida matrimonial de las personas mayores". En Sara Arber y Jay Ginn. *Relación entre género y envejecimiento; enfoque sociológico*. Madrid, Narcea, 1996, pp. 127-140.
- Bury, Mike. "Envejecimiento, género y teoría sociológica". En Sara Arber y Jay Ginn. *Relación entre género y envejecimiento; enfoque sociológico*. Madrid, Narcea, 1996, pp. 35-54.
- Deere, Carmen Diana y Magdalena León. *Género, propiedad y empoderamiento: tierra, Estado y mercado en América Latina*. México, UNAM-PUEG/Flasco, 2000.
- De Lomnitz, Larissa A. *Cómo sobreviven los marginados en la ciudad*. México, Siglo XXI Editores, 1975.
- Del Valle, Teresa (coord.). *Modelos emergentes en los sistemas y las relaciones de género*. Madrid, Narcea, 2002.
- Durán, M. Ángeles. *De puertas adentro*. Madrid, Ministerio de Cultura-Instituto de la Mujer, 1988.
- Durán González, Atene. "Mujeres jornaleras, mujeres invisibles". En Atene Durán González (coord.). Memoria. *Mujeres afectadas por el fenómeno migratorio en México. Una aproximación desde la perspectiva de género*. México, Instituto Nacional de las Mujeres, 2007, pp. 161-171.
- Gámez, Alba E., Diana Wilson y Antonina Ivanova Boncheva. "Las mujeres en la migración interna y el empleo informal en Baja California Sur, México". *Revista de estudios de género La ventana*. Universidad de Guadalajara. Vol. IV, núm. 32. Guadalajara, México, dic. 2010, pp. 214-243.
- Goffman, E. *La presentación de la persona en la vida cotidiana*. Buenos Aires, Amorrortu, 1981.
- González de la Rocha, Mercedes. *The resources of poverty. Women and survival in a mexican city*. Oxford, Basil Blackwell, 1994.
- Guijarro Morales, A. *El síndrome de la abuela esclava. Pandemia del siglo xxi*. Granada, Grupo Editorial Universitario, 2001.
- Hidalgo García, M. Victoria. "Mujeres y hombres ante la tarea de ser padres. Algunas de las dificultades y necesidades de apoyo". *Infancia y sociedad*. Núms. 34/35. 1996, pp. 167-184.
- Inegi. Archivo histórico de localidades. [Web en línea]. Disponible desde Internet en: http://www3.inegi.org.mx/sistemas/iter/entidad_indicador.aspx?ev=5 [con acceso el 1 de enero del 2010].
- Inegi. Censo de población y vivienda 2010. 2011. [Web en línea]. Disponible desde Internet en: <http://www.inegi.org.mx/default.aspx> [con acceso el 7 de diciembre del 2011].
- López Casasnovas, G. y D. Casado Marín. *Vejez, dependencia y cuidados de larga duración en España*. Barcelona, Fundación La Caixa, 2001.
- López Estrada, Silvia y Gerardo Ordóñez Barba. *Pobreza, familia y políticas de género. El programa Jefas de Familia en Tijuana*. México, El Colegio de la Frontera Norte, 2006.
- Mauss, Marcel. "Ensayo sobre el Don. Forma y razón del intercambio en las sociedades arcaicas". En Marcel Mauss. *Sociología y antropología*, Madrid, Tecnos, 1971.

- Meil, Gerardo. "Cambio familiar y solidaridad familiar en España". *Revista del Ministerio de Trabajo y Asuntos Sociales*. Núm. 26. España, 2000. pp. 129-154.
- Morgan L. y S. Kunkle. Aging. *The social context*. Londres, Pine Forge, 1996.
- Nanda, Serena. *Antropología cultural. Adaptaciones socioculturales*. México, Grupo Editorial Iberoamérica, 1987.
- Noodings, N. Caring: *a feminine approach to ethics and moral education*. Berkeley, California, University of California Press, 1984.
- Okin, Susan M. "Desigualdad de género y diferencias culturales". En Carme Castells (comp.). *Perspectivas feministas en teoría política*. Barcelona, Paidós, 1996, pp. 185-206.
- Pérez Díaz, J. *Transformaciones sociodemográficas en los recorridos hacia la madurez. Las generaciones españolas de 1906-1945*. Tesis doctoral, inédita. España, 2001.
- Pérez Ortiz, Lourdes. *Envejecer en femenino. Las mujeres mayores en España a comienzos del siglo XXI*. Madrid, Ministerio de Trabajo y Asuntos Sociales-Instituto de la Mujer, 2003.
- Quinti, Gabrielle. "Exclusión social: sobre medición y sobre evaluación. Algunos modelos". En Rafael Larín, Krujit Menjívar y Lieteke van Vuncht Tijssen (eds.). *Pobreza, exclusión política y social*. San José, unesco/Flacso/Universidad Utrech, 1997.
- Roca Roger, M. et al. "Impacto del hecho de cuidar en la salud de los cuidadores familiares". *Atención primaria*. Sociedad Española de Medicina de Familia y Comunitaria. Vol. 26, núm. 4. España, 2000, pp. 53-67.
- Rodríguez, Josep A. *Envejecimiento y familia*. Madrid, Centro de Investigaciones Sociológicas, 1994, 120 pp. (Monografías, 137).
- Rodríguez Rodríguez, P. y M.T. Sancho. "Vejez y familia: apuntes sobre una contribución desconocida". *Infancia y soledad*. Núm. 29, 1995, pp. 63-79.
- Rojo, F. y G. Fernández-Mayoralas (eds.). *Envejecer en casa. La satisfacción residencial de los mayores en Madrid como indicador de su calidad de vida*. Madrid, Consejo Superior de Investigación Científica, 2002.
- Tobío, C. "Cambio social y solidaridad entre mujeres". En V. Maquieira (ed.), *Mujeres mayores en el siglo XXI*. Madrid, Imsero, 2002.
- Townsend, A., L. Noelke, G. Deimling y D. Bass. "Longitudinal impact of inter household caregiving adult children's mental health". *Psychology and aging*. American Psychological Association. Vol. 4, núm. 4. EU, dic. 1989, pp. 393-401.
- Schumukler S., Beatriz y M. del R. Campos. *Las políticas de familia en México y su relación con las transformaciones sociales*. México, Instituto Mora, (2009).
- Villalba Q., C. *Abuelas cuidadoras*. España, Tirant Lo Blanch, 2002 (Políticas de Bienestar Social, 12).
- Walker, A. *The poor relation: poverty among older women*. En C. Glendinning y J. Millar (eds.). *Women and poverty in Britain*. Hemel Hempstead, Harvester Wheatsheaf, 1987.
- . "Actitudes hacia el envejecimiento de la población en Europa. Una comparación de los eurobarómetros de 1992 y 1999". En A. Walker y G. Naegele (eds.). *The politics of old age in Europe*. Londres, Open University Press, 1999.

Sección Artículos de Investigación

Wilkis, Ariel y Florencia Partenio. “Dinero y obligaciones generizadas: las mujeres de sectores populares frente a las circulaciones monetarias de redes políticas y familiares”. *Revista de estudios de género La ventana*. Universidad de Guadalajara. Vol. IV, núm. 32. Guadalajara, México, dic. 2010, pp. 177-213.

Wilson, G. “Yo soy los ojos y ella los brazos: cambios en los roles de género en la edad avanzada”. En Sara Arber y Jay Ginn. *Relación entre género y envejecimiento; enfoque sociológico*. Madrid, Narcea, 1996, pp. 141-162.

Young, Kate. *Planning development with women: making a world of difference*. Londres, MacMillan, 1993.